

CARRAO - ALFREDO ARMAS ALFONZO

¡Carrao! ¡Carrao!

—¿Qué tienes, Carrao?

—Un gran dolor, un gran dolor.

—¿Adónde, Carrao?

—En el talón.

—¿Con qué se te quita, Carrao?

—Con papelón.

—Dale un pedazo de papelón —ordena mi padre, sin moverse del mostrador, al dependiente.

Yo oigo del lado acá de la bodega. Ahora Carrao está recitando su canción en la bodega de enfrente. Ya se le quitó el dolor del talón. Ahora lo que le duele es la cabeza.

—¿Con qué se te quita el dolor de cabeza, Carrao?

—Con cerveza —termina la voz chillona.

Pero yo sé que a Carrao no pueden darle cerveza. La cerveza cuesta plata.

—¿Carrao es loco, papá?

—Qué va a ser loco Carrao.

—¿Entonces qué es?

—Un idiota. ¿Qué otra cosa puede ser?

Carrao es de mi mismo tamaño. Pero no se parece a mí. Carrao tiene fea la cara, como de un mono asustado; y yo no. Carrao es sucio y se la pasa enterrado; y yo no. Carrao tiene raspado el coco y vive moviendo los ojos; y yo no. Carrao viste un pantalón viejo y negro, arrollado a la rodilla; y yo no. Carrao ni siquiera se pone alpargatas y tiene los pies grandotes y planos y carroñosos como unas planchas viejas; y yo no.

Carrao es algo menos que los perros de Pedro, el carnicero. Duerme donde lo coge la noche. Come lo que consigue. No tiene a nadie que vele por él. Los perros de Pedro, en cambio, aun cuando no se les distinga el color de tanta sangre seca como llevan encima, vertida desde los cuellos abiertos de las reses, se acogen por las noches a la ceniza del fogón, tienen siempre asegurados sus pellejos y hallan en su dueño un celoso y cariñoso compañero.

Carrao es algo menos que los verdes samanes de la orilla del río, grandes árboles de espesas ramas verdes y gruesos troncos escamosos, perennemente asidos a la tierra,

al agua y al viento del río. En verano y en invierno, los nidos cuelgan de las ramas sostenidos por la frescura del agua. Arrendajos y paraulatas saltan alegres sobre la corteza blancuzca.

Carrao ni siquiera tiene amigos. Carrao no sabe reírse. Carrao ni siquiera sabe hacer los palotes. Carrao les tira piedras a los perros y a los cucaracheros. Carrao ni siquiera tiene nombre.

¿Por qué le pondrían ese sobrenombre a Carrao? Lo más lejos de parecerse a Carrao es un carrao. Los carraos son felices y se la pasan subidos a una horqueta, a la orilla de las lagunas. Por Conopocón y Venado abundan mucho. Son como unos grandes zamuros zancos, de plumaje marrón. Tristes y oscuros como una pellada de barro, y aún así son felices. Desde su escondida garita de pescadores, ellos ven venir los primeros nubarrones del invierno, y lo anuncian con melancólicos gritos, esponjando el pecho. Pero, Carrao es más feo, más sucio, y no hace nada como no sea pedir limosnas con su sonsonete idiota, de mostrador en mostrador.

¡Carrao! ¡Carrao!

—¿Qué tienes, Carrao?

—Un gran dolor, un gran dolor.

—¿Adónde, Carrao?

—En la nariz.

—¿Con qué se te quita, Carrao?

—Con maíz.

El bodeguero, esta vez, le ofrece a Carrao un puño de maíz en grano. Carrao mira la mano abierta con sus ojos brincones. Después, con una expresión de desaliento en toda la cara, ve al bodeguero, que empieza a reírse mostrando su dentadura orificada hasta la encía.

—Arepa —ensaya decir el muchacho.

—Si me la rimas con nariz —y el hombre suelta la risa brillante.

—Arepa —insiste Carrao.

—Sí, zoquete, ya te vaya dar arepa. Espérate ahí —y le tira a la cara los granos de maíz.

Carrao pone los ojos en el suelo y se echa a llorar. Las lágrimas le mojan los cachetes y le van dejando un surco entre la mugre. Silenciosamente le da la espalda al bodeguero, se recuesta de la puerta y con el rostro pegado a la pared llora hasta que ya no le quedan lágrimas. Al cabo rato, sigue su camino, como si nada.

Cuando matan cochino en alguna casa, Carrao monta su guardia en el quicio del zaguán. Su cantinela llega hasta el patio, donde, en gran caldero negro, cocinan el frito. Ahora le duele la rodilla, y pide morcilla para quitarse el dolor.

Dentro de un momento, le dolerá la canilla. Pero el remedio seguirá siendo el mismo, hasta que se compadezcan de él.

En tiempo de invierno, Carrao se va a las vaqueras de los alrededores, se monta en la empalizada, y desde allí, mirando hacer el queso, empieza a cantar su acostumbrado *ritornello*. El dolor se le ha fijado en la quijada, y la única manera de quitárselo es comiendo cuajada.

Cuando las matas de pepino cargan, también en épocas de lluvia, Carrao deambula por los conucos, quejándose de un gran dolor en el intestino. La gente ve las matas y tiene la razón de la queja. Cortan algunos pepinos y se los dan. Carrao se los echa en el bolsillo, y se va, alegre como una pascua.

Ese año, la Semana Santa fue rumbosa. Vino el cura del puerto. Vinieron personas de todas partes. La procesión del Sepulcro entró a la iglesia como a las tres de la madrugada. Todo el mundo estrenó ropa y zapatos. Las mujeres pasaban taconeando por las calles, con los cachetes colorados y olorosas a extracto, a oír los sermones, donde la gruesa voz sacerdotal se hacía lenguas de la fe cristiana de los feligreses. El sábado, a las once, repicaron las campanas. Soltaron una paloma desde el altar mayor, y la gente se lanzó a la calle a recoger las siete piedritas blancas que les traerían la suerte durante el resto del año.

El domingo por la mañana, temprano, un grupo de muchachos que jugaba en el bajo de Portillo, vio venir a Carrao por entre el monte. También él estrenaba un flux limpio y unos anchos zapatones negros.

–Ese sí es tercio para Judas –adelantó uno.

–Verdad –corroboró otro.

Carrao se había detenido a cierta distancia de ellos, y los miraba con sus ojos de parapara. Los muchachos se le encararon.

–Nosotros –le habló el más grandulón, con voz dulzona– queremos jugar a Judas, y no hay quien se atreva a hacer de Judas. Toditos aquí son unos miedosos. ¿Tú quieres serlo?

Carrao no hacía ningún gesto.

–Sí, hombre, chico. Nada te va a pasar.

Carrao no decía ni sí ni no.

Nosotros te vamos a dar un bolívar. Y para que veas que no es embuste, míralo –y el más grandulón le mostró una moneda, que sacó de su bolsillo–: Con él podrás comprar todo lo que quieras en las bodegas. Tú nunca has tenido tanto real en tus manos. ¿Aceptas?

–Acéptalo, zoquete –le apoyó otro de los muchachos, un pecosito dientudo.

Y Carrao aceptó, moviendo la cabeza, y extendiendo la mano. Los muchachos procedieron a traer bastante casupo del que había botado por allí, cubrieron a Carrao con él y encima se lo amarraron, pasándole cuerdas por debajo de los brazos y de las piernas y en torno al cuerpo. Lo único que le quedaba fuera era la cabeza. Parecía así un mamarracho con cara de niño zoquete.

A todas éstas, alguien había traído un poco de querosén en una botella, y un largo pedazo de mecate. Le pusieron un lazo al cuello y tendieron el extremo por encima de una rama.

–Un momentico –advirtió el más grandulón–. Cuando yo les avise, le echan el querosén y le pegan el fósforo.

El mecate se había enredado en la rama, y por más esfuerzo que hacía, no lograba zafado. Carrao, moviendo más que nunca los ojos, lo vio trepar al árbol.

–Ahora sí –gritó el grandulón, a horcajadas en el tronco, y con el mecate en la mano–. A la una... a las dos... y a las...

El pecosito dientón vació el poco de querosén sobre Carrao. Otro, desde lejos, tiró el fósforo. El grandulón se afincó en la mata, y alcanzó a izar apenas la llamarada y el alarido.

Carrao estuvo un tiempo largo entre la vida y la muerte. Se salvó como se salvan las mariposas que caen a los ríos y las quebradas, como se escapa el conejo del zorro, como se libran las ranas del mordisco de las culebras. Por más de dos meses, el pueblo permaneció silencioso y quieto sin la presencia de Carrao.

Apareció, al fin, por el callejón que daba al río, con una pequeña capotera al hombro, más pequeño que nunca, más oscuro que nunca. Caminaba hacia la salida, buscando el camino real que comenzaba en un patio de ciruelos y acababa en alguna parte de Venezuela, en algún otro pueblo que acaso tenía al mar al frente, un barco cualquiera a lo mejor, alguna novedad.

Acodado en el mostrador de la bodega, yo miro irse a Carrao, hasta que se pierde entre el monte. Tengo los párpados tensos, como si el fuego que quemara la carne al

zarrapastroso también me hubiera alcanzado los lacrimales. Un sentimiento de lástima me llena el corazón. Me siento obligado a alcanzar a Carrao, a pedirle perdón, a pedirle que no se vaya, a pedirle que se venga a vivir con nosotros, en la misma casa. La pieza cerca de la cocina está desocupada.

Aquel día, apenas supo lo sucedido, mi padre se encerró conmigo en el cuarto, y, muy adolorido, me reprochó mi mala acción.

—Ese pobre muchacho, con todo y ser idiota, es tan humano como tú y como cualquiera otro de los que te acompañaron en la mala acción. Además... —y mi padre me ha dado bruscamente la espalda, como para que no le vea la cara—: Carrao es... ¿por qué ocultarlo ya?... es hermano tuyo.

Ahora, Carrao se va, y quién sabe si ya no volverá más al pueblo. Ya debe ir más allá de La Cruz. Tengo todavía tiempo de alcanzarlo, de decírsele todo, de pedirle perdón. Pero no. No lo hago. Y a cada minuto que pasa, Carrao adelanta camino. Me doy cuenta de que estoy llorando, porque las lágrimas se me diluyen en la saliva. Algunas caen, como goterones de lluvia, en el mostrador. Con ellas yo empiezo a jugar, distraídamente. Y mis dedos van dibujando, grotescamente, en la medida de mi gran dolor, la redonda forma oscura de la cabeza del hermano ausente.